Dossier: La cultura nacionalista mexicana (siglos XIX y XX): balances, aproximaciones y propuestas de interpretación (Parte 1)

El problema

En las primeras páginas de *Comunidades imaginadas* (1983), Benedict Anderson hizo un apunte que, a cuarenta años de la publicación de ese libro clásico, parece más vigente que nunca: "La realidad es evidente: el 'fin de la era del nacionalismo', anunciado durante tanto tiempo, no se encuentra ni remotamente a la vista. En efecto, la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo".[1] A pesar de vivir en un mundo atravesado por la globalización y la conectividad, en el cual coexisten (no sin conflicto) muchas otras formas de identidad política, entonces como ahora son patentes tanto la vigencia como la reproducción del conjunto de discursos y prácticas cuyo sujeto es esa "comunidad política imaginada como limitada y soberana" a la que denominamos "nación". Aun así, la creciente toma de conciencia sobre sus múltiples facetas invita a mirar con más cuidado y sin ingenuidad. Hace más de veinte años, con claridad meridiana, José Carlos Chiaramonte advirtió que el término *nación* no es, como tal, una realidad histórica sino un concepto aplicable a distintas realidades políticas.[2] Reconocer la evolución de ese concepto (sus variantes) no implica negarle existencia histórica, pero sí obliga a colocar el objeto de estudio en su justa dimensión. A partir de este principio, que compartimos, resulta imprescindible discernir entre las formas concretas en que las comunidades políticas se organizan, por un lado, y las estrategias que permiten legitimar o dotar de sentido esas formas de organización, por el otro. El conjunto de trabajos que integran este dossier

[1] Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 19.

[2] José Carlos Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004, p. 9.

—dividido en los números 15 y 16 de *Inflexiones. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*— atiende precisamente a esa segunda problemática.

Apostar por el uso de las voces *nacionalismo* y *nacionalidad* es el resultado de una interpretación más matizada y ciertamente culturalista del fenómeno. Implica reconocer, en principio, que el nacionalismo es una práctica condicionada por la existencia de los estados nacionales modernos que, pese a todo, no se agota en sus lógicas institucionales o estrictamente políticas. Se trata, más bien, de una suma de estrategias, discursos o símbolos (adoptados de manera más o menos inconsciente) que *identifican* la nación. Esto es que le atribuyen cualidades pretendidamente representativas de individuos, grupos sociales y, ciertamente, también de comunidades políticas. Desde esta perspectiva, la nacionalidad se entiende como una categoría identitaria, asociada con una serie de rasgos específicos, mientras que el nacionalismo sería el dispositivo cultural o la suma de prácticas destinadas a producir imágenes coherentes y orgánicas de aquellos rasgos.

A la luz de lo dicho, el nacionalismo de Estado —nosotros lo llamamos oficialista— es una entre otras variantes posibles. Nuestro punto de partida es que el nacionalismo debe estudiarse más allá de estos límites cuando menos por dos razones. La primera y más obvia es que los Estados cambian y las sociedades que los mantienen, también. En esa medida no hay *un* nacionalismo de Estado (oficial o hegemónico) sino varios, cuyo vínculo con la sociedad es relativo e igualmente mutable. Decir eso desde México es un tanto extraño por la equiparación casi total entre el nacionalismo revolucionario y el nacionalismo a secas; como si no hubieran existido otras formas de reivindicar la nación, otros símbolos antes de los tiempos de la revolución de 1910 o más allá de la lógica centralista que vio en la Ciudad de México su gran eje político y cultural.

Esto no implica negar que las memorias nacionalistas, sobre todo aquellas que los Estados resguardan y explotan, siguen formando parte de nuestra cultura política, articulan conductas públicas y perpetúan símbolos relativamente familiares a la sociedad en general. La pregunta, no obstante, es hasta qué punto siguen siendo funcionales para movilizar emociones, para simbo-

lizar demandas políticas, para tipificar grupos humanos concretos que, en las sociedades actuales, alimentan sus identidades de múltiples referentes ya no digamos políticos, sino mediáticos y culturales de toda índole. Si algo se ha agudizado en las últimas décadas es la necesidad de identificar las prácticas de construcción o incluso defensa de la identidad colectiva más allá de las lógicas institucionales y los mecanismos más convencionales de la propaganda oficial. Esto supone diferenciar más que nunca entre Estado nacional y nacionalismo. Aún si se continúa viendo en el discurso político oficial, el ritualismo cívico o la educación pública expresiones obvias de ese vínculo, se admiten multifacéticas e históricas las ideas de nación construidas desde las instituciones del Estado, y más complejas y difusas las distintas prácticas en que distintos sectores sociales se reconocen como parte de la misma comunidad política.

El área de influencia del nacionalismo abarca no sólo la vida política, sino ámbitos de la experiencia social tan diversos como la economía, las artes, los deportes o la escritura de la historia misma. Esto último no es, sin embargo, una tendencia específica del siglo XXI; por el contrario, creemos que, desde sus orígenes entre los siglos XVIII y XIX, el nacionalismo moderno ha tendido y tiende aún a expresarse a través de múltiples formas culturales. El caso mexicano no es la excepción. A partir de las primeras décadas de vida independiente, y prolongándose hasta el siglo XXI, la nación mexicana ha sido representada en plataformas culturales tan diversas como la oratoria cívica, la plástica, el discurso político, la prensa, la historiografía, la literatura, el cine, la música o las conmemoraciones públicas, entre otras tantas. El propósito fundamental de este esfuerzo colectivo es actualizar la mirada académica en torno a dichos problemas.

El proyecto y las colaboraciones

La intención de discutir y comprender mejor las características y las dinámicas propias de la cultura nacionalista mexicana dio pie a la creación, en el marco de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, del proyecto de investigación “La construcción del relato nacional en México. Siglos XIX

y XX" (2022-2025). El conjunto de trabajos que hoy presentamos expone algunos de los resultados de la primera fase de la investigación, la cual se concentra en una discusión teórico-metodológica que llegó a cristalizarse en algunos estudios de caso.

Para llevar a cabo esta tarea, el proyecto contó con la colaboración de un grupo de académicos adscritos a universidades nacionales y extranjeras, y provenientes de campos de especialización tan distintos como la historia del arte, la historia cultural, la historia de la historiografía, la historia del tiempo presente o los estudios de la memoria.[3] La decisión de integrar un grupo de trabajo de esta naturaleza tuvo por objetivo posibilitar el planteamiento de preguntas de investigación en torno al nacionalismo mexicano que evidenciaran su heterogeneidad como artefacto cultural.

Los artículos que constituyen esta primera parte del dossier, y cuyas síntesis se presentan a continuación, si bien abordan el fenómeno desde parcelas de conocimiento específicas, pueden ser leídos como respuestas directas o indirectas a una o varias de las siguientes preguntas: 1. ¿Qué es la cultura nacionalista y qué tipo de prácticas mnemónicas, imaginarios políticos y referentes identitarios han condicionado su construcción en México?; 2. ¿En qué contextos socio-políticos y culturales se enmarcan el surgimiento, consolidación, reestructuración y diversificación de la cultura nacionalista mexicana?; 3. ¿A partir de qué formas o géneros culturales fue expresado el relato nacional mexicano durante los siglos XIX y XX y cuáles fueron sus estrategias de representación y significación?; 4. ¿Qué herramientas teórico-metodológicas exige el estudio de tales expresiones de la cultura nacionalista mexicana?; y 5. ¿Qué clase de relaciones es posible detectar entre las distintas formas y versiones del nacionalismo mexicano?

En "Representación histórica e identidad nacional en el cine mexicano de los setenta", Israel Rodríguez Rodríguez (ENES Morelia, UNAM) aborda el vínculo entre nacionalismo, historia y cine —fenómeno que en años

[3] Más información sobre las características y actividades del proyecto, así como del grupo de trabajo se puede consultar en: http://relatonacional-inv.filos.unam.mx/

recientes ha comenzado a tomar impulso en distintos ámbitos académicos—desde los estudios culturales hasta las investigaciones sobre los usos públicos de la historia. Amparado en la revisión de fuentes fílmicas, documentales y hemerográficas, el autor evalúa la ruptura del cine mexicano del último tercio del siglo XX con la filmografía de tema histórico de la "Época de Oro" y revisa el papel que desempeñaron otros referentes (el latinoamericanismo y el tercermundismo) en la representación del pasado nacional. Las transformaciones suscitadas en este contexto son interpretadas como el síntoma de un proceso más complejo que involucra el desgaste del discurso nacionalista oficial y del régimen político del partido hegemónico.

Por su parte, en "El viaje como 'experiencia de otra nación' y los relatos de viaje como su fuente", Leonor García Millé (FFyL, UNAM) enfoca un problema apenas resaltado por los trabajos recientes que tratan el problema del nacionalismo: la cuestión de la "vivencia" o "experiencia" de una nación distinta a la propia. A partir de una interesante discusión teórica e historiográfica sobre las sensaciones, emociones y experiencias cotidianas que configuran una "identidad nacional", la autora propone concebir el viaje al extranjero y el relato de viaje como prácticas que posibilitan tanto el reconocimiento de los elementos constitutivos de la propia identidad nacional como los de la ajena. García Millé transciende, sin embargo, la esfera teórica y pone a prueba estas aseveraciones mediante el análisis de una serie de tópicos recurrentes en la prosa escrita por viajeros latinoamericanos de principios del siglo XX.

En "Representaciones artísticas de Malinche: del nacionalismo hegemónico a los nacionalismos subalternos", Luis Vargas Santiago (IIE, UNAM) analiza la funcionalidad de este personaje en la construcción del nacionalismo oficialista a partir de su instrumentalización como ícono del mestizaje. En esa medida, el autor revisa sus diversos tránsitos a la luz de ideologías dominantes y relatos oficiales, pero también examina su contraparte política: su recuperación por parte de grupos marginales o ideologías periféricas que han resignificado sus componentes simbólicos.

Finalmente, acompañamos este número con dos contenidos más: por un lado, la reseña del último libro de Laura Malosetti Costa, *Retratos públicos. Pintura y fotografía en la construcción de imágenes heroicas en América Latina desde el siglo XIX*; por el otro, una muestra del trabajo visual de la artista Nirvana Paz de su proyecto "Daños colaterales", cuyo objetivo —pensamos— no es sólo la denuncia del fracaso de las políticas neoliberales vigentes en nuestro país desde mediados de los años ochenta y hasta el presente, sino también el posicionamiento crítico frente a los efímeros y vacíos ideales de "progreso" y "bienestar" sociales implícitos en las concepciones estatistas de la nación mexicana asumidas por los gobiernos durante las últimas décadas.

Rebeca Villalobos Álvarez
Ricardo Ledesma Alonso
Coordinadores del dossier